

P REDECIR AL POEMA

Ricardo Venegas

Ricardo Venegas estudió letras hispánicas en la UNAM. Es autor de los libros de poesía *El silencio está solo* (1994), *Destierros de la voz* (1995), *Signos celestes* (1995); y de *Escribir para seguir viviendo* (2000), de entrevistas con Ricardo Garibay. Becario del Instituto de Cultura de Morelos (1997-1998) y del Centro Mexicano de Escritores (2003-2004). Dirige la revista *Mala Vida. Mester de Junglaría*.

I

Escribir es un oficio que se ha vuelto “aparentemente fácil”; el tiempo me ha enseñado, a la manera de Quevedo, que “sólo lo fugitivo permanece y dura”; sólo el momento fijo por el hechizo de la literatura es verdadero. El sentido de la vida de un poeta es el de la metáfora despertada por su verdad, voz honesta que puede revelar cuando el que escribe llega lejos.

Creo en la poesía como en un bálsamo de vida, destino sin ruta definitiva y, por ende, indefinible.

Creo en el talento, pero también en la persistencia, la vocación se decanta en una suerte de entrega al oficio sin esperar lo que la sociedad etiqueta como “éxito”, a veces convertido en forcejeo. En todo caso, el logro para mí es la consumación del gran poema, el brillo de la poesía sobre la condición humana, el espíritu de luz que busca todo hombre “menesteroso de eternidad” (en palabras de León Bloy).

Escribir es una manera de redimir mi propia historia, salvar al hombre que soy, exorcizar los mecanismos del tiempo cantando mi erosión.

No creo en la poesía que se divorcia de la vida del autor.



II

En 1960, cuando Saint-John Perse recibió el Nobel de Literatura en Estocolmo dijo: “La poesía se niega a dissociar el arte de la vida y el amor del conocimiento. Es acción, poder, innovación que desplaza los límites... La oscuridad que se le reprocha no le es consustancial. Lo propio de la poesía es iluminar...”

Escuchar un dictado, asumirse amanuense de aquella voz, corregir el poema inmediatamente o varios meses después, volver cadáver exquisito a una mortandad infame de palabras, son algunas distancias que suelen recorrerse.

El viaje es el poema mismo; su final un cambio en la mirada de quien lee, como el transcurso propuesto por el *Tao Te King*: el viajero en su sitio tiene conciencia de lo que es y lo que no: “pierdas lo que pierdas, has ganado; ganes lo que ganes, has perdido” (Lao-Tsé).

III

Algo que define a la poesía mexicana actual es el concepto de diversidad y un retorno a los clásicos, es decir, la vuelta de las vanguardias a través de búsquedas personales que dan como resultado la riqueza de perspectivas literarias actuales.

Identificar ritmos en la traducción de un poema es advertir una de tantas fronteras (la de los idiomas) que merodea sin atender limitaciones: “la poesía no las tiene”.

IV

Aunque el poeta no es quien ofrenda definiciones de su arte, “el animal metafísico cargado de congojas” de Huidobro debe olvidar su nombre para ser un medio en el que confluyan significados en varios planos; esto me recuerda las palabras de Olga Orozco cuando dice que una definición de la poesía es anacrónica porque ya cambió de forma, está en constante movimiento.

V

La antología poética de Manuel Ponce, publicada por el Fondo de Cultura Económica, inicia con un breve prólogo de Gabriel Zaid que dice: “Ahora que la poesía se ha vuelto tan aparentemente fácil, y que (bajo el engaño de las apariencias) prosperan ciertos facilismos inocentes, es de esperarse que retornen ciertos dificilismos inocentes (a través del soneto, por ejemplo)...”

El sometimiento a las normas conduce a la libertad. Aunque todas las formas han sido armadura de grandes poemas

que no son sonetos, quienes practican el poema en prosa lo saben.

VI

Si hay algún ejemplo de frescura en la poesía mexicana es el de José Juan Tablada (1871-1945), quien contaba con una gran facilidad para lo novedoso: “asoma la luna y dice su rayo/ que ya somos dos”.

La lectura es un precedente medular para el que escribe, se llega lejos, dicen, inconformándose con la calidad del trabajo; la poesía también es un ánimo que se transmite, fluye.

Si digo:

Nada más un contagio
de vísceras
para el fantasma.

La intención es dar vida, ¿a qué?, al poema, a la página en blanco, al sentido que tiene la vida misma, a todo objeto susceptible de ser animado: la poesía crea su propia realidad, y el que la escribe es un iluso si aspira a domar al potro del dictado imprevisto.

Aunque este no es un ejemplo de cómo escribir, es posible afirmar que el qué y el cómo nos importan cuando hay voz propia y un gusto desarrollado por la lectura.

VII

No deja de asombrarme el misterio desde el cual un poema puede escribirse. Poe asegura en su *Filosofía de la composición* que el principio y el final de un poema pueden ser predecibles, calculados. Para Baudelaire, creador y partidario del poema en prosa, el poema es un todo estético, hasta lograr circularidad. Para Vicente Huidobro el poeta no debe merodear la flor: “¡Por qué cantáis la rosa, oh Poetas!”, se torna en un: “hacedla florecer en el poema”.

Quien compra un libro de poesía sabe que en éste contiene algo que busca y necesita, esta necesidad es similar a la de los que escriben, algo tienen que decir a través del papel y la tinta. La obra de arte, en todo caso es, en palabras del crítico italiano Benedetto Croce, la idea, la sugerencia, la imagen, el sentido y el significado que adquiere la vida después de su consumo.

VIII

El poema como creación puede escribirse y modificarse infinitamente, por ello es importante no confundir poesía y poema; una es la elección del autor (que no el género) y ahí radica, en buena parte, la complejidad del proceso de la creación: una forma concreta o amorfa para incorporar ese nuevo ente a la vida y al significado de ésta, como quería el inglés T. S. Eliot.

En la pantalla de una computadora el texto se sostiene en el vacío, incluso puede “mejorar” (le llaman autocorrección) con deficientes programas que no han podido ampliar el léxico de sus funciones. En ese abismo del monitor existen, sospecho, algunas respuestas de la poesía actual: la herramienta no puede relevar a su creador, no hay una máquina de hacer versos como quería Machado, mucho menos oficio de poeta en un *software*.

IX

Uno de los fenómenos de actualidad es la idea del poema que erróneamente llaman *verso libre*. El verso libre por definición no es más que la poesía sin métrica —no confundir con prosa poética o poema en prosa. La tradición hispánica de los Siglos de Oro podría darnos un ejemplo de la dificultad que implica armar un verdadero poema (y aquí desecharmos los desahogos sentimentales). En los *Diálogos* de Platón, en el capítulo referente a la virtud, Sócrates asegura: “las cosas bellas son difíciles de conocer”.

El verso es un balcón:/ unos salen a ver, otros se exhiben,/ pocos se arrojan, sabiendo que no vuelan. Estos versos de Aníbal Piñeiro sugieren tanto como el fabuloso tema de la página en blanco de Mallarmé: ¿Tendría algún mérito arrojar de dicho balcón si se sabe que es posible volar, si no se tiene nada antes de arrojar a las palabras?

X

Siempre he creído que el poema es un desprendimiento del que se arriesga, del que apuesta, el recipiente es un ser con vida propia que, al nacer, se emancipa del autor.

Contemplación de lo que nace, cada escritura requiere aliento propio, se basa en la búsqueda, una búsqueda que existe en la búsqueda misma. •